

te su ciudadanía y su patriotismo político? Al contrario; lo sentía profundísimamente, con ardiente fe de escéptico, que es la fe siempre despierta así como la del dogmático es dormida. O más bien no es fe.

Para lo que no servía Renán es para político de partido de comité y sin idealidad alguna.

Como en una ocasión preguntándome un diputado a Cortes—es decir, uno que por excepción es político—por qué no me lanzaba resueltamente a la política—y quería decirme que por qué no me rebajaba a presentarme yo mismo, desvergonzadamente, candidato por tal o cual distrito y sin que se me requiriera—le dijese yo que hago política y más política que los más de los profesionales de ella—más que el que más de ellos añado—, me respondió: «¡sí, política literaria!» ¿Es qué va uno a firmar un manifiesto más: «Al país» y a levantar banderín de enganche para que vengan a apuntarse los que luego saldrán con que se les ayude a ser diputados o concejales o siquiera celadores de consumos?

No sabemos si cuando Renán aspiró a una representación popular—y este fué en él un pecado como otro mayor en los franceses no habérsela conferido sin solicitarla él—prometió hacer carreteras o resolver expedientes administrativos o cosas por el estilo. Pero su posición crítica-escéptica ¿le habría servido en política parlamentaria? Creemos que sí.

A Renán le faltó, se dirá, ese *descarado heroísmo de afirmar*, que es, como dice Esa de Queiroz al fin de *La Reliquia* «el que crea, a través de la universal ilusión, ciencias y religiones». Pero para la política dogmática lo que hace falta no es el descarado heroísmo de afirmar sino el desvergonzado atrevimiento de mentir. No puede con probabilidades de éxito solicitar los sufragios de sus conciudadanos y decirles: «Aquí estoy yo para representaros» o lo de: «Cediendo a insistentes ruegos de mis amigos políticos, etc.» sino el que se sienta capaz de mentir con heroico valor. Los demás sirvamos las intenciones del gran Corego del Universo, yendo a donde la patria nos llame y nos lleve y el pueblo nos quiera.

MIGUEL DE UNAMUNO

(España, Madrid).

El Convivio

y las otras ediciones del señor García Monge, se hallan depositadas en la Librería de los señores SAUTER & Co.

Letras hispano-americanas

EL OCASO DEL DOGMATISMO LITERARIO

Por MAX HENRÍQUEZ UREÑA

La Habana, 1919.

EL comenzar no más la lectura de este discurso del distinguido Profesor de Literatura de la Escuela Normal de Oriente, florecieron ante mis ojos, como una primera promesa de éxito, las palabras de Jesús Castellanos que el Sr. Henríquez Ureña cita: —«¿Y si la retórica está ya muerta y bien muerta, para que pretende Ud. resucitarla, aunque sea dotándola de nueva vestidura?»

De suerte que proseguí con gran contento la lectura de esas páginas interesantes en que a la vez se discuten un problema literario y otro de metódica de la enseñanza de la literatura.

He debido admirar la lucidez de la exposición, la facilidad con que el autor se mueve dentro de los límites que a sí mismo se trazara, la seguridad de juicio y esa amplitud de información literaria, que va siendo una de las características de los hombres de letras hispano-americanos.

Su primera declaración firme refiérese al hecho de que nadie aprende a escribir merced a los tratados de retórica y con criterio nítido y seguro se adelanta a analizar los más conocidos tratados de retórica usuales en Cuba y fuera de Cuba. Su análisis deja al descubierto los más graves defectos de aquellos tratados: la falta de visión de las necesidades actuales y la insuficiente preparación propiamente literaria que en los autores se revela. Esta parte del trabajo del Sr. Henríquez Ureña me ha parecido sobria y moderada. Las pocas citas que aduce son adecuadas a su objeto y ponen de manifiesto el sereno espíritu crítico con que ha estudiado los tratados que él menciona. Y aunque por razones que expondré más adelante no puedo suscribir a todos los ejercicios por el señor Henríquez Ureña propuestos para sustituir la tradicional enseñanza de la literatura, he de expresar mi calurosa simpatía con la fundamental proposición de una lectura cuidadosa de los escritores mismos para adquirir todas aquellas nociones literarias que se juzgan indispensables en el hombre que ha pasado por las aulas de un colegio. El Sr. Henríquez Ureña ha percibido con claridad el único medio posible para llegar a adquirir todas las fundamentales nociones del arte literario: la lectura de las más bellas y nobles obras literarias de la lengua. Ellas forman el gusto, enriquecen el entendimiento y con la abundancia de

las ideas se acrecienta el tesoro de la lengua, se ilumina su germinal gramática, esa que todos llevamos con nosotros y que llamamos el genio de la lengua.

La descripción que hace del ensayo, apesar de su brevedad, es bastante comprensiva—diría que es completa—. Y son de esterlina excelencia sus observaciones acerca de la métrica. Su exposición de la teoría de cláusulas rítmicas y la de períodos prosódicos deja en evidencia la atención que estos estudios le han merecido y que son de su perfecta posesión.

Por lo demás, deben estarlo agradecidos los profesores por la función que deja a su cuidado. «No estableceremos—dice—la fábrica de escritores... No podremos, ciertamente, enseñar a nuestros alumnos a ser escritores y poetas, porque eso no se puede enseñar, pero sí los enseñaremos a sentir y a pensar, a comprender las bellezas que el ingenio humano ha encerrado en el ánfora milagrosa de la palabra y a palpar de entusiasmo y emoción ante las más puras y más altas manifestaciones del sentimiento estético de un siglo o de una raza».

Esto es, escritores y poetas despertarán también en las aulas ante tales profesores, como ante la naturaleza y mediante las páginas de los escritores, a hurtadillas del profesor de literatura, han solido despertar en el pasado. Sentir y pensar están en la raíz de todo escritor de alguna valía. De suerte que quien enseña ambas cosas está creando al escritor, al crítico, al artista, al hombre de superior refinamiento que hace posible el desarrollo de las letras y la cultura de esa clase social que constituye como la atmósfera del arte en cada época de florecimiento de un pueblo.

Pero las palabras de Jesús Castellanos vuelven a mí. ¿Si la retórica está ya muerta, a qué fin producir ese avatar que consistiría en prestarle un cuerpo joven para que continúe sus actividades de retrogradación de las letras?

¿A qué viene la cita de Rodó, simple repercusión de doctrinas transicionales francesas, tan malsanas como las antiguas? Porque habría sido un tremendo error que continuásemos considerando la novela como un poema épico. La novela es la novela. Y cualquier día un poeta puede aparecer con aliento para construir un gran poema épico a la manera de los anti-